

Fernando González: geo-poiética andina como cuidado de sí y prácticas escriturales del cuerpo sobre el territorio¹

MARIO ARMANDO VALENCIA CARDONA²

Artículo recibido el 16 de marzo de 2015, aprobado para su publicación el 7 de mayo de 2015

Resumen

Casi cuarenta años antes de que el situacionismo francés (Mayo del 68) desarrollara una teoría sobre el viaje, la deriva y la *psicogeografía* como recursos investigativos-creativos para el campo de las prácticas socio-estéticas posmodernas, el filósofo antioqueño Fernando González (en 1928) ya había perfilado una potente teoría del viaje, el recorrido, la deriva y la creación, a partir de la integración con la naturaleza y el ambiente en la acción tridimensional de caminar. Este ensayo retoma los núcleos centrales de esta propuesta filosófica para proponer y desarrollar elementos *estéticos* propios de la cultura andina colombiana como recursos metodológicos de investigación-creación *estética* crítica. En este sentido, el ensayo da cuenta de los dispositivos necesarios para desplegar cartografías y *mapas curvos* como formas propias de re-escrituras mentales y físicas de la sensibilidad andina latinoamericana. Para ello se exponen los elementos básicos de una *geopoiética*, una *psicogeografía* y de una *cartografía poiética* que, a partir del cuerpo, asume la realización subjetiva de autoconocimiento, conocimiento del otro y de apropiación sensible del territorio subtropical andino colombiano-latinoamericano.

-
- 1 Este ensayo en torno al filósofo aficionado como cartógrafo territorial se configura en una investigación fenomenológica en la cual el cuerpo es el objeto de conocimiento a través de la vivencia del caminar (mismo autor en compañía sí mismo-otro).
 - 2 Poeta, ensayista, crítico de arte. Licenciado en Filosofía y letras (Universidad de Caldas), Magister en literatura (Universidad tecnológica de Pereira) y Doctor en estudios culturales latinoamericanos (Universidad Andina Simón Bolívar). Autor de los libros: "Estancias de la noche" (1991), "Pequeñas historias acerca de la caída libre" (1997), "Vaciamientos sobre concreto" (1998), "Cascabeles para el gato: Filosofía para poetas y poesía para filósofos" (2000), "Beatriz: lo femenino como categoría estética" (2006), "La dimensión crítica de la novela urbana contemporánea en Colombia: de la esfera pública a la narrativa virtual" (2009), "Efectorembandt" (2013) y "Sensibilidad intercultural: codificaciones y decodificaciones" (2013). Profesor titular del departamento de filosofía de la Universidad del Cauca, y de la maestría en Ética y Filosofía política de la misma universidad, así como de la maestría en Estética y Creación de la Universidad tecnológica de Pereira; miembro del grupo de investigación en Cultura y política de la Universidad del Cauca y director del grupo de investigación en Estética y crítica. Correo electrónico: mavalencia@unicauca.edu.co

Palabras clave: Estética, viaje, psicogeografía, mapa curvo, cuidado de sí, geo-poiética, cartografía, territorio.

Fernando González: geo-poietics Andes as self care and writing practices of the body upon the territory

Abstract

Almost forty years before the French situationism (May 1968) developed a theory about the trip, drift and psychogeography, as research-creative resources for the field of socio-aesthetic postmodern, Antioquia philosopher Fernando González practices (1928) he had already outlined a powerful theory of the trip, travel, drift and creation, from integration with nature and the environment in the three-dimensional action of walking. This paper takes up the central core of this philosophical approach to propose and develop their own aesthetic elements of the Colombian Andean culture as methodological research resources creating aesthetic criticism.

In this sense, the text notices the necessary devices to display *curved maps* as proper forms of mental and physical rewrites of the Latin American Andean. To do the basic elements of a geopoietica a psychogeography and a poietics mapping, from the body, assumes the realization opinion of self-knowledge, knowledge of others and sensitive land ownership subtropical Andean Colombian-Latin exposed. For this is expose the basic elements of a 'geopoietica', a psychogeography and a poietics mapping, and a poietics mapping wich, from the body, assumes the subjective realization of self-knowledge, knowledge of someone else and sensitive appropriation of the subtropical Andean Colombian-Latin American territory.

Keywords: Aesthetics, travel, psychogeography, curved map, self care, geo-poietic, cartography, territory.

Para Leon, Martín e Isabela, en agradecimiento por sus invitaciones al camino.

Introducción

Voy a hablar del viaje y del caminar como práctica *estésica*³ y de la psicogeografía andina como forma propia del cuidado de sí en la cultura andina tradicional desarrollada en la obra del filósofo envigadeño Fernando González. Por tanto, no voy a centrar mi escrito en la caracterización de la belleza en la práctica del caminar, ni en su validez en el contexto de

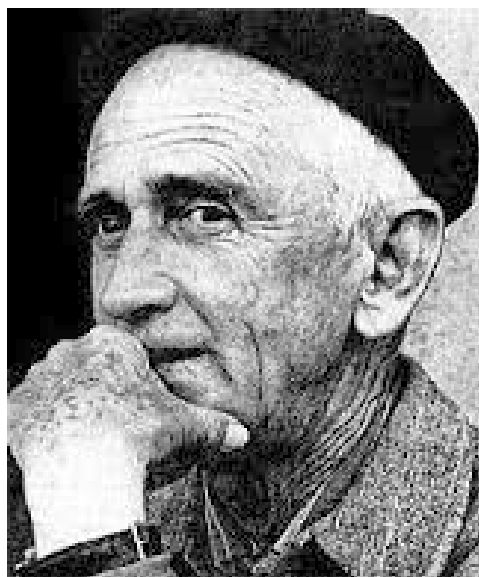
3 Por *estésico* refiero aquí la totalidad de las vivencias de la sensibilidad no solo visual sino sonora, táctil, gustativa, olfativa, corporal e imaginativa en general, experimentadas y sin elaboración teórica.

las prácticas estéticas contemporáneas, sino que trataré de focalizarme en la comprensión de la práctica de la modelación de una forma de ser, de conocer, de cartografiar, de estar en..., y de expresar el espacio abierto del mundo a través de una práctica de la sensibilidad que involucra la totalidad de la capacidad mental y corporal en la realización de un recorrido caminado, pedestre a ras de suelo. Una práctica de la sensibilidad generalizada desde el mundo ancestral andino, pero particularmente expresada en el mundo paísa colombiano en la obra de Fernando González.

Me interesa, entonces, la estructuración de esa práctica, las técnicas y elementos metodológicos identificados en su obra para el avance en el desarrollo de mapas curvos, cartografías simbólicas y poiéticas del territorio, técnicas de abordaje y expresiones sensibles de dicha experiencia, cuya tridimensionalidad cuerpo-mente-territorio ofrece resultados concretos en términos imaginativos, expresivos, cognitivos, creativos y vitales en general, y a esto lo denominaré *psico-geografía andina, cuidado de sí y prácticas escriturales del cuerpo sobre el territorio*, como dimensión estética no colonial y por tanto estética sana de la práctica del viaje a pie y del caminar re-creativo en general.

Hablo del recorrido realizado bajo el mandato de un deseo y sin ningún tipo de funcionalidad distinta a la de la expresión y liberación material de la energía corporal complementada del disfrute de la vista, el olfato, el tacto y la imaginación. El viaje con un destino solo parcialmente controlable: la pretensión de llegar a algún sitio, pero sin saber cómo ni cuándo: espacio donde se instala la incertidumbre que introduce una dosis de riesgo necesario, que obliga al acto creativo y estimula la imaginación práctica del caminante.

Concibo aquí el caminante como cartógrafo y como psiconauta. Para el caminante de la montaña su sendero o su trocha constituyen el trazo de su dibujo, su ritmo emocional, el magneto de su brújula, su intuición, la certeza sobre el lugar de los puntos cardinales. Todo lo cual configura una vivencia vuelta parte integral del paisaje, bio-grafía convertida en representación-acción transformada en energía vital diluida, evaporada y absorbida por el



músculo y la piel, sencillamente reintegrada a la totalidad orgánica de la naturaleza primigenia o de la naturaleza como construcción humana. Tal aporte a las estéticas se encuentra desarrollado en “Viaje a pie” de Fernando González, pero también en los zapatos y en los bastones de compañía de cualquier arriero paisa, de cualquier comarqueño, de cualquier hijo pródigo de las colinas subtropicales andinas latinoamericanas.



M. A. V. Imagen de Tierradentro⁴

La psicogeografía andina de González no se postuló como tratado ni como pieza analítica. La forma sistémica de la filosofía académica está ausente en la cartografía del pensador de “Otraparte”. El mapeo curvo sobre sí mismo y sobre el territorio que recorre está expresado en la crónica de un viaje a pie de dos filósofos aficionados. Esta práctica es la que emprende, en el pensamiento de Fernando González, el caminante viajero y cartógrafo. Y en este sentido, el calificativo de *amateur*, de no-profesional, asignado para los caminantes lleva implícita la imperfección como valor positivo, pero también la idea de que todo está abierto a la expectativa de que un amplio horizonte espera por nuestros pasos y exhalaciones.

Como se sabe, la cartografía ha sido y es un poderoso instrumento de posesión y control mental sobre el espacio: constituye su captura en trazos y símbolos. Posesión y control que se establece desde el orden abstracto con efectos directos en el orden de lo concreto. La representación cartográfica antecedió en América el conocimiento físico del territorio por parte de los conquistadores. Ciudades enteras fueron pensadas abs-

4 La mayoría de los registros son tomados de caminatas realizadas por el autor en la montaña sagrada de Tierradentro-Cauca-Colombia.



tractamente desde Europa y trazadas desde escritorios de geógrafos antes de que los viajeros tocaran tierra americana. Estos instrumentos cognitivos fueron y son utilizados para consolidar el poder y la dominación del territorio del otro y de sus representaciones. El dibujo-mapa-plano-representación como delimitación y caracterización del territorio constituye un dispositivo de control extremadamente poderoso de los imaginarios espaciales y culturales del otro. En el mapa dibujado por el colonizador queda determinado, bajo sus imágenes, símbolos e intereses, el territorio del otro y el otro como alteridad simbólicamente expresada.

Por tanto, en la re-escritura del territorio a través de la apropiación física del mismo y su auténtica representación cartográfica, quedan incluidos los elementos imaginarios, simbólicos, culturales, emocionales, propios, individuales y de cada pueblo; es decir, la apropiación cartográfica desde la totalidad estética autodeterminada del individuo nativo, y la re-configuración de esa/otra realidad, constituye una práctica esencial en la tarea de apropiar, re-escribir y bio-grafiar el territorio propio en todas sus dimensiones. Mapear tridimensionalmente, es decir, de forma curva el territorio establece una praxis de liberación mental fundamental. Y en eso el aporte de Fernando González es significativo.



Esta tarea es experimental, heterodoxa y riesgosa, pero llena de satisfacciones creativas-sensibles: vitales. Cuando González asume conscientemente su categoría de pensador aficionado, se expone a la descalificación, pero simultáneamente también se libera de sus

contradictorios al sintonizar su práctica y toda sus carga simbólica en la frecuencia de la incompletud e imperfección, dotando su tarea cognitiva liberadora en la pura dimensión poética. Lo que despoja la tarea del filósofo-cartógrafo-poeta de toda pretensión de verdad absoluta. El aficionado tiene más pasión que conocimiento, su técnica está en constante elaboración, su método es provisional, la apuesta está por encima de la precisión, y además la derrota es una alta probabilidad y, por lo tanto, también un lugar y modo de certeza con la que se convive diariamente en lo cotidiano. Para el aficionado no hay miedo al error porque el error mismo constituye una técnica de aproximación constante a la verdad.

Tres dimensiones: cuerpo, mente y territorio

El viaje a pie, en su estructura fundamental, es una práctica tridimensional. El caminante utiliza como plataforma de viaje su cuerpo, el cuerpo está impulsado por el ánimo, entendido como su clima interior mental, y ambos están integrados al espacio físico, al ambiente y al territorio. El caminante traza un mapa en su recorrido, representa como acción efímera un territorio, lo modela con su cuerpo y su clima interior. Esa acción externa tiene como presupuesto un mapa mental interno que igualmente se constituye, modela y cambia en el transcurso de la vida. Este último lo configuran tres o cuatro ideas, tres o cuatro experiencias vividas intensamente y algunos lugares específicos de cuya interacción se da como resultado un cierto micro-clima interior: una cierta altura espiritual, un cierto tipo de temperatura emocional, unos colores del alma.

La percepción e intervención gestual del espacio (dibujos, huellas, marcas, trazos, límites) y por lo tanto su construcción como hábitat, paisaje, morada y territorio es posible gracias a ese pequeño grupo de condiciones y circunstancias. La marca escritural que deja el cuerpo en el espacio (y que poco a poco lo convierte en lugar, paraje y morada), a través de las huellas físicas plasmadas en el recorrido, está inicialmente condicionada por el clima interior, anterior al encuentro, reunión sensible entre cuerpo y naturaleza recorrida: las ideas de bienestar, armonización y salud serán tan determinantes como las de progreso y acumulación en la constitución de un territorio a través de recorridos. Este clima se expresa a través de una variada gama de estados interiores actuales: tristeza o felicidad, nobleza o avaricia, construcción o destrucción; y de una variedad de momentos a lo largo de nuestras vidas como individuos y de nuestra vida



como cultura. Desde el pensamiento filosófico de González, podemos dar cuenta de nuestra vida a través de la descripción y comprensión de unas pocas estaciones internas que determinan el rumbo y el contenido de percepciones, reflexiones y expresiones estructurales sobre las cosas del mundo. “En cada época de su vida el individuo tiene tres o cuatro ideas y sentimientos que constituyen su clima espiritual.

De ellos, de esos tres o cuatro sentimientos o ideas, provienen sus obras durante esa época” (González, 2012, p. 29).

La vida, entonces, está previamente inscrita en ese mapa interior: desde allí se enuncia la expresión de la mente y del cuerpo y se configura la acción del caminante. Desde esta óptica, la vida está concebida como camino y el recorrido como la energía vital disuelta en el flujo intensivo de esas pocas vivencias y acontecimientos, presentes en la duración del trayecto que se camina y en el momento de la vida que cruzamos. El camino, sendero, trocha, recorrido para el caminante resulta y se configura como ambiente resultante de la fruición dinámica con el cuerpo, las ideas, pensamientos y sentimientos que transitoriamente nos habitan. Lo que hace que el clima interior entonces no sea ni fijo ni inmutable sino contingente y variable, y que la cartografía mental y física que allí se origina sea una cartografía dinámica y sujeta a la deriva, un mapa variable, irregular, amorfo, cuyo seguimiento por parte del psiconauta y, por lo tanto, también por parte del lector de la *psico-carto-geografía*, exija gran flexibilidad, espontaneidad corporal y mental, y rapidez en la observación, comprensión y adaptación con, presteza y precisión. Todas ellas características ausentes en el cartógrafo tradicional: “Diciembre 5: Cielo azul pálido, quieto el ambiente. Somos muy felices fisiológicamente. El pacífico debe estar rutilante. Todos venimos del mar. Nuestras células son zoofitos marinos, nadan en soluciones salobres” (González, 2012, p. 29).

En el trazo de ese mapa, la fuerza vital necesaria es insuflada por el ánimo, este opera como máquina propulsora y combustible del viaje. El caminante aspira el olor de la madrugada y exhala puro deseo: el deseo inscrito en la mirada que espera encontrar un nuevo paisaje, gozar un nuevo aroma, saborear otra textura, vivir una experiencia y encontrar una realidad que lo identifica. La existencia de este elemento constituye la base de la tensión dinámica de la vida, el deseo es simultáneamente impulso y amenaza, su energía, a la vez que garantiza la llama de la vida, también es posibilidad de muerte porque el deseo (substancia del ánimo) encierra una gran potencia de destrucción cuando toma el control: “El ánimo, esa fuerza desconocida que



nos hace amar, creer y desear más o menos intensamente. El ánimo, que no es la inteligencia, sino la fuente del deseo, del entender y del obrar” (González, 2012, p.9).



De la potencia del ánimo dependen la magnitud del viaje y los alcances del recorrido. Un hombre sin complejo de inferioridad puede llegar hasta donde su deseo lo determine, es decir, hasta donde su ánimo logre llevarlo. Este hombre o mujer, este pueblo o esta cultura, este viajero solo puede ser aquel que cree en sí mismo, sin la vergüenza y la limitante estructural del complejo de inferioridad que poseen aquellas mentes que confunden autoafirmación con arrogancia, generalmente espíritus nobles que responden y actúan conforme a una cooptada y neutralizada moral de la humildad que, aunque aparenta ser una ética de la resistencia, en el fondo, todavía es existencia subalternizada: territorio moral aún dominado por miedos, incapacidades, vergüenzas y autocompasiones.



El que viaja a pie, impulsado y sostenido por un ánimo sano, es un viajero de recorrido largo, cuya tarea para sí mismo y, en parte, para los otros, es ayudar a liberar el espíritu de la opresión mental. La vitalidad de la marcha despierta el auto-reconocimiento del poder de la vida recorriendo nuestro cuerpo, la conciencia del poder vital que nos habita; en las alternancias de pausa y movimiento en el recorrido, al cansancio sigue el descanso, a la sensación de agotamiento sigue la de plenitud, capacidad y satisfacción consigo mismo, entonces la caminata constituye una técnica de redención de la debilidad, o mejor, la transformación de la debilidad en fuerza, esto explica esta especie de filosofía de la redención vital de González, para quien, sin duda “Hay que curar al fracasado haciéndole creer en su fuerzas, en su importancia. Los educadores (y todos lo somos, ya del niño, ya del amigo enfermo, ya del prójimo decaído) deben hacer nacer o renacer la fe en las fuerzas propias” (González, 2012, p. 45).

El alcance de las tres o cuatro ideas y sentimientos que hacen posible el recorrido y, posteriormente, la configuración del mapa del caminante, y que son el substrato mental y, posteriormente, físico, de la cartografía y de la *psicogeografía* resultantes, lo mismo que del alcance del recorrido, serán pro-

porcionalmente directos a la potencia del deseo, pero también proporcionalmente directos a la capacidad de autocontrol del deseo que impulsa el viaje. Lo cual también nos permite diferenciar criterios para identificar caminantes, para diferenciar el caminante de una pequeña colina del caminante del Himalaya. La mente dominada por la autocompasión maxi-



miza los fracasos a priori, asumidos a la hora de enfrentar los riesgos del viaje, empaña la visión del horizonte y compromete seriamente la posibilidad de alcanzar los lugares de arribo presupuestados. El autoconocimiento y el cuidado de sí a través del método, establecen con claridad los límites del viaje: la fortaleza del estado mental no será suficiente si el cuerpo no goza de salud, lo mismo que si el tedio bloquea el ánimo. El caminante va hasta donde desea ir, es decir, hasta donde su ánimo se lo permite. Hay individuos y pueblos que llegan lejos, hay hombres a los que solo les alcanza para darle la vuelta a su casa, estos últimos a veces prefieren el viaje interno, las ochenta vueltas alrededor de sí mismos, pero

«Todo depende del ánimo», nos dijo una de estas viejas al preguntarle si llegaríamos a La Ceja. ¡Qué frase tan llena! —continúa González—. Desarrollamos la idea de la anciana en la siguiente forma: Los que triunfan, lo deben a una creencia arraigada, generalmente a la creencia en sí mismos. Son fracasados los

que no han creído en algo que les sirviera de columna vertebral para desarrollar su personalidad; algunos, muy interesantes por cierto, creyeron fuertemente, pero la creencia se desvanecía para ser reemplazada. Estos son aquellos de quienes se dice: «Eran muy inteligentes y nada han realizado; ¡qué inexplicable!» (González, 2012, p. 8).

Movimiento del cuerpo físico, re-creación del mundo

Exceptuando este tipo de viajero inmóvil al que acabo de aludir, todo viaje físico, y con mayor razón el viaje a pie, necesita de un vehículo de movilización, de una plataforma versátil y potente, y esa plataforma es el cuerpo, un cuerpo habitado por un clima interior y equipado de un mapa mental parcial: conceptual, emocional, social, cultural, político. El receptáculo de todo ello es el cuerpo físico, sin cuerpo no hay viaje físico. Cuerpo, mente y ambiente configuran, a través del viaje a pie, un mapa curvo: tridimensional.

Esta cartografía tridimensional es posible desde su base material gracias a un cuerpo lanzado al riesgo, a la aventura y a la ensoñación. Ese tipo de cuerpo es un cuerpo desnudo re-integrado al ambiente: al ambiente de la ensoñación, pero también (en un planeta con su capacidad de carga agotada y en crisis) a los ambientes del desastre ocasionados por las destructivas huellas ecológicas de la civilización. Un cuerpo desnudo es un cuerpo desprovisto de los ropajes de la racionalidad fija, de los ropajes del miedo a las distancias, a la soledad y a lo tenebroso, sin la escafandra del plan perfecto, del control sobre provisiones, sin paraguas para la lluvia de incertidumbres. El psiconauta dibuja sus mapas y traza las cartografías de la vida, pero también las del desastre, de las bellezas y las miserias humanas, bordea, delimita, interpreta y recrea un pueblo y una cultura. Para el viaje a pie “Necesitamos cuerpos, sobre todo cuerpos. Que no se tenga miedo al desnudo” (González, 2012, p. 35).



Foto de Cristóbal Manuel. Premio de fotografía Ortega y Gasset 2011

El cuerpo del caminante como plataforma de la vida, animado—inclusive el cuerpo del místico en trance de meditación—, es la antítesis vital del reposo, y por lo tanto de la muerte. Partir y aspirar a llegar, traza líneas de movilidad, dibuja espacios de esperanza, navega emociones, no solo ideas y reflexiones que yacen inmóviles como los recuerdos, ni solo espejismos creados con base en la contemplación. La marcha se traduce en expresiones concretas y materiales de la vida mental, principios activos de la existencia de un yo que se vuelve agua y paisaje en movimiento, negación del reposo como muerte por inacción. El viaje a pie da la posibilidad de recuperación del cuerpo como dispositivo de conocimiento, liberado del peso de la razón omnicompreensiva, convertido en principio de orientación y rumbo, en vehículo que transporta en su interior una leve materia espiritual de la que están hechas las pequeñas utopías: llegar a la cúspide de la colina, vadear el río, cruzar la cordillera, llegar al próximo pueblo. Una utopía devenida dis-topía que da cuenta del territorio como realización de la subjetividad humana cultural y socialmente determinada como mapa curvo de la esperanza en la práctica de la escritura de un lugar otro, de otra parte.

Método de descentraje: perder el mundo y recuperar el mundo

El ritmo como base de la psicogeografía

Para caminar y avanzar aspirando a superar las dificultades que nos ofrece el territorio hay que encontrar y sostener el ritmo, y por tanto ejercer total dominio sobre la respiración. El viaje interior (la *psiconáutica*) y el viaje exterior (el excursionismo), en consonancia y unidad perfecta, el adentro y el afuera, no la sola contemplación del paisaje, ni la sola meditación de las ideas. La caminata abre las ventanas del yo, lo abre porque relaja y hace poroso el cuerpo, lo cual se traduce en vitalidad y claridad para la mente: “Hay por allá fuentecillas más puras que la pureza (...) sabe a musgo, a sombra, al beberla viene las imágenes de monte, de helechales y de grutas milagrosas. Siente uno que el mundo está lleno de fuerza...” (González, 2012, p. 43).

Sin embargo, el caminante debe tener control sobre el deseo que lo impulsa. El deseo, base material del ánimo que constituye la fuerza interior, cuando se desborda, altera los ritmos y las velocidades, y desequilibra la armonía tridimensional cuerpo-mente-naturaleza. Cuando el caminante pierde el ritmo por exceso de velocidad rápidamente agota su capacidad y con-



sume las fuerzas destinadas a un recorrido largo. Cuando el deseo toma posesión de la energía vital del caminante, lo consume todo en su fuego y lo que era principio de vida se convierte en llamada de muerte. El patrón que equilibra lentitud y vértigo, voracidad y precariedad producida por el desborde del deseo, es lo que González denomina **contención**: Rítmica y constante respiración que hace mantener el paso y que garantiza la llegada. Una contención en la que no falta el aire al inhalar ni sobran energías en las exhalaciones; en la que no falta la ambición que mueve, ni domina la ansiedad que mata. En el camino **“La voluntad es tentada a cada segundo”** (González, 2012, p. 69). Entonces, en el momento del recorrido individual o colectivo en el que abrumba el deseo, cuando nos asalta la irresponsabilidad infantil de correr a toda velocidad para alcanzar el fruto maduro que pende del árbol o nos engeuece la felicidad de zambullirnos en el arroyo, en “...este correr apresurado de los segundos, nosotros, el hombre fiera, tenemos como primer mandamiento la **contención**” (González, 2012, p.70).



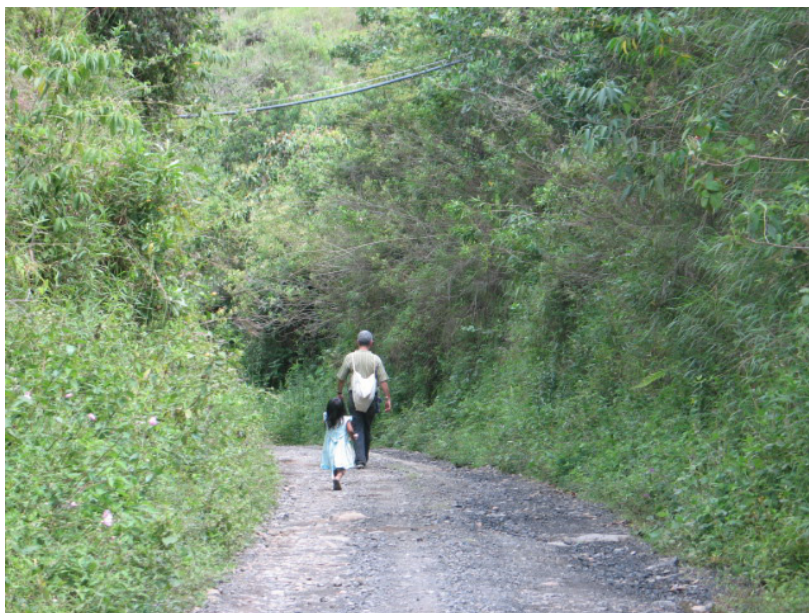
El contacto profundo con la exterioridad que conlleva la aventura del viaje no debe conducir a un olvido de sí, ni a un abandono a la materialidad. El más profundo goce corporal, a todos los niveles, acontece en el autodomínio; la caminata no es la excepción. Un mapa que resulta y se traza desde esta soberanía sobre sí, es un mapa respetuoso de los límites que restituyen la dignidad desde el valor de la autoafirmación; no es un mapa invasivo. El dominio sobre la “voluntad de poder” evita que la fuerza de ese deseo envilezca. No hay compulsividad en la expansión sobre el territorio, no hay voracidad en la pertenencia de la tierra, no hay agresividad en la relación cuerpo-naturaleza; la contención estipula los alcances de la geodesia y de la topo-grafía del viajero: “...nadie goza si no nuestro joven metódico que usa de las cosas y no se deja poseer por ellas (...). Todo lo que se le impone lo dobliga y aminora, lo evita el hombre de acción. Y la belleza es lo más peligroso para el impreparado” (González, 2012, pp. 70-71).

Esa contención de la belleza salva la escisión hombre-naturaleza que ha dominado la civilización occidental por varios siglos, puesto que el deseo de capturar simbólicamente el mundo es una ruta a la conquista de la naturaleza a través de figuraciones o a la representación como intervención instrumental sobre la naturaleza, ambas formas inequívocas de saqueo poético, de extractivismo simbólico: en la pintura de paisaje lo mismo que en el *land art* la naturaleza es insumo, instrumento, plataforma, medio, no es finalidad ni esencia. El viaje a pie, la caminata, es una práctica de la sensibilidad no controlada por el arte, pues al contener esa separación, al dominar el impulso artístico de cazador de imágenes o curador de realidades, el *psiconauta* de a pie elimina la distancia con la naturaleza y se con-funde con la tierra, esto deviene necesariamente unión-integración tridimensional (cuerpo-mente-territorio) con ella, realizada en su integración material-corporal-mental. Este tipo de caminante no anda armado con una cámara sino con un bordón y una mochila o carriel: instrumentos de exploración, almacenamiento y defensa, apoyo para el cansancio y remesa. Cuando el caminante aparece con-formando y componiendo la imagen, generalmente lo hace integrado al lugar y a la tierra, casi nuca opera invisible detrás del obturador.



En este proceso, el cuerpo, temporalmente determinado, debe encontrar un ritmo y responder a él. El paso del caminante no debe ser ni demasiado lento ni demasiado veloz, debe ser medido y constante: contenido. Hay quienes han vivido la vida con vértigo y hay quienes cansinamente hasta la desesperación. El ritmo que depende del ánimo **también lo puede lesionar**, en un efecto negativo puede convertir el recorrido y el viaje en dolor. El ritmo es la base temporal de una ontología que aspira a la reconfiguración del yo interior y a la potenciación y mantenimiento del cuerpo físico, por eso “El ritmo es tan importante para vivir como lo es la idea del infierno para el sostenimiento de la Religión Católica” (González, 2012, p. 34). El

que camina con ritmo, construye su vida con ritmo. El ritmo es una medida interna de auto-control sobre el movimiento, control ejercido con el objetivo de regular fuerza y garantizar el recorrido: “Entonces fue cuando apareció nítida la idea de ritmo, a saber: para no cansarse hay que descubrir nuestros ritmos, ajustar a ella nuestros pasos y movimientos y bordones y acompañarlos de profundas respiraciones de atleta yanqui. La salud, la conservación de nuestra elasticidad juvenil, son finalidades del viaje” (González, 2012, p. 35).



Recogerse sobre sí y descentrarse del mundo exterior

El caminante mantiene hacia su práctica fidelidad, esta no es usada aquí como una categoría moral sino sicológica, el caminante mantiene con respecto a su práctica concentración, lo cual significa que cuando empieza la marcha la totalidad de los asuntos que constituyen el resto de su mundo queda atrás y nada lo *dis-trae* de su propósito. Aunque sus pensamientos simultáneamente se activan con sus pasos, toda urgencia desaparece, toda tarea inmediata queda aplaza, toda cita cancelada, todo proyecto suspendido, el mundo práctico de la vida laboral, familiar, económica, que lo constituye, queda por fuera de su acción. El caminante se recoge sobre sus pasos y sus huellas, sobre sí mismo y sobre la naturaleza, por eso mismo caminar es, por excelencia, una forma de meditación-creación:

Recogerse. Significa retraer todos los deseos, los tentáculos que ha sacado el fluido nervioso hacia el mundo exterior. Significa unificarse, aislarse con todo lo suyo en uno mismo. Significa evitar que el pensamiento se vaporice, que se dilate la voluntad. Significa comprimirse en un solo núcleo duro, egoísta. Consiste en no amar, no desear, no pensar, ponerse en guardia contra todo.

Con este método se adquiere lo que se llama estado positivo. Nuestro joven practica este método durante el treinta por ciento de su tiempo. Y después, sale el pensamiento o el deseo, controlados por la voluntad metodizadora, con una fuerza inverosímil (González, 2012, p. 72).

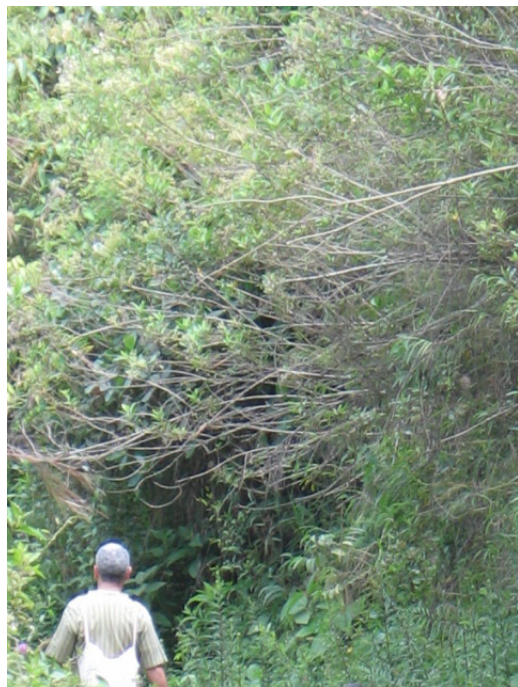
El camino de la vida larga exige indudablemente concentración. Un pueblo o una cultura que no se haya concentrado sobre horizontes y metas es un pueblo sin concentración que por tanto no sabe caminar. Cuando una vida se proyecta sobre un horizonte es una vida recorrida con concentración. Esta concentración está en la base del ritmo, hace que el ritmo se mantenga y garantiza que no se despilfarre la energía vital. En todo ello consiste la actitud creativa, el acto creativo mismo; despojada del mesianismo judeocristiano, la actitud *poiética* trascendental creativa se pone al nivel del agua y la flor al nivel de la naturaleza, como momento en el que la naturaleza se vuelve sobre sí misma y se deja reabsorber, re-integrándose como sudor y poema.

Con-centrarse y clarificar

En estado de concentración, aunque las ideas fluyen al ritmo de los pasos, no se da en el caminante el caos mental, no ataca al espíritu el abrumador torrente de preocupaciones de quien cruza atropelladamente un bulevar urbano, de quien conduce en el tráfico de una ciudad, del pasajero de bus, del tripulante de aviones porque “Nunca se debe meditar a un tiempo en más de una cosa, y jamás se debe desear lo que no merezca la pena. El hombre disperso nada hace. Ninguna substancia obra si no está concentrada” (González, 2012, p. 72). Por el contrario, el método del caminante consiste

en dejar fluir el pensamiento de manera lenta, secuencial y ordenada.

Concentrado uno a uno en los flujos que le llegan, les da lugar y profundidad, rumia en la lentitud, deja llegar la idea, explayarse en su interior y luego la deja partir, prontamente. El recodo del camino estimulará otra idea, desatará otra emoción. Uno a uno sobrevienen los flujos emocionales y de conciencia, las ideas y los recuerdos; en el diálogo entre caminantes, abandonados a la lentitud del tiempo, una a una son evacuadas las elucubraciones, una a una las imágenes son degustadas y digeridas, las canciones cantadas, los tragos libados y fluidos. Ese es el centramiento posterior al descentramiento de la vida ordinaria que activa el caminante. Al final del camino, el viajero llega a casa con plácido cansancio y con claridad mental.



Pragmatismo, impasibilidad y magnetismo

La exterioridad no determina los patrones que regulan la energía vital del caminante. El filósofo aficionado-cartógrafo-poeta no es dominado por las urgencias del mundo exterior, así sea en el encuentro con el mundo exterior en donde se alcance el mayor nivel de goce vital. Digamos que el caminante desplaza el lugar de su encaje, mueve su punto de encaje, en términos de Castaneda, del afuera hacia el adentro, pone a girar el mundo y las fuerzas alrededor de sí en lugar de girar él alrededor del mundo.

Desde una visión particular de lo pragmático González confiere gran utilidad a la concentración de la energía vital, la cual entiende como un núcleo poderoso que reúne fuerzas que atraen el mundo. Por tanto, en su filosofía alguien vitalmente fuerte no necesita salir a buscar exterioridades porque su núcleo de fuerza ejerce el suficiente magnetismo para que encuentre la realización del deseo desde su propio lugar:

El joven pragmatista es impasible. Dice: Todo esfuerzo que hagas para atraer a ti los seres y las cosas es un desperdicio; la fuerza atractiva obra cuando está concentrada en el interior. En todo movimiento de impaciencia, en todo esfuerzo brusco se pierde gran cantidad de ese algo que llamamos vitalidad. La fuerza acumulada durante la indiferencia atrae como imán las cosas buenas. Sólo suceden aventuras deliciosas a quien no las busca. El hombre es vitalidad, acumulador de vitalidad, y es preciso ser metódicos. La vitalidad conserva el organismo después de formarlo y lo defiende; cuando esa fuerza nos abandona, enfermamos y morimos (González, 2012, p. 20).



Por tanto, el caminante no convierte su recorrido en una búsqueda afanosa, sino que establece zonas de atracción. Los trazos que va dejando en el mapa son en realidad campos magnéticos que, al instaurar la vida, también atraen la vida. La marcha se convierte en prin-

cipio generador de condiciones ecosistémicas para la reproducción de la vida; este método se configura en la articulación de la contención, la concentración y el ritmo para usar las cosas y no ser usado por ellas, un principio crítico-creativo sobre la reificación operada por la civilización y el mundo moderno:

...Allá en nuestro valle estrecho del Aburrá hemos visto a muchos comerciantes que corren detrás de las mujeres, detrás de todas las mujeres; hemos visto que corren afanosamente detrás de los negocios y del dinero, como si se fueran a acabar. Se dejan seducir por toda mujer y dicen que gozan del amor; se dejan poseer por toda sensación del paladar y dicen que gozan del gusto. Nadie goza sino nuestro joven metódico que usa de las cosas y no se deja poseer por ellas. Siempre que el hombre llega a ser incapaz de prescindir de algo, se hace esclavo de ello y disminuye su poder. Es preciso en toda circunstancia, en todo momento, aún ante la mujer más hermosa, poseerse a sí mismo. Es muy agradable gustar de las cosas buenas dondequiera que se hallen, pero desde el momento en que entra en el alma la sombra del lazo, debemos recordar que somos libres, instrumentos libres para reunir los billetes. Cuando el espíritu tiene alguna emoción triste en la contemplación de la belleza, cuando tiene algún movimiento de impaciencia, de desenfreno, es señal de que no está gozando de la belleza, sino que es dominado por ella (González, 2012, p. 19).

Auto-educarse y educar al otro

Saber caminar es autoeducarse y educar al otro. El núcleo central de esta pedagogía está situada en la aguda observancia sobre la naturaleza nerviosa de los seres vivos. González advierte que la clave no está en la lógica jesuítica, ni en la razón experimental, sino en nuestro sistema nervioso que asume funciones de aparato cognitivo y que en últimas es el que regula la marcha del camino individual y del camino colectivo “...es dirigir conforme a principios científicos la delicada y soberbia substancia nerviosa” (González, 2012, p. 74). Dado que el sistema nervioso pasa a regular la dinámica de la vida y de las sociedades, la aspiración moral de la práctica del viaje a pie no es otra cosa que proyectar la marcha hacia el horizonte del contentamiento. La alegría es el lugar de arribo del caminante, el único *telos* que reconoce González es la vida y la alegría:

Estoy triste porque no hallo un fin que me interese. Si todo es igual ¿por qué no adoptar el de la alegría? En eso consiste el ser buenos, en alegrarnos. Caen mis cabellos y mis dientes se amarillean. Crecen las niñas, y crecerán otras, y vendrán amaneceres, atardeceres, soles y cielos esplendorosos. ¡Mis cabellos, entonces, idos, y mis dientes amarillentos! ¡Qué epifenómeno es mi vida! ¡Qué bagatela, tan efímera y deseable, la belleza! No hay más remedio que irse agarrando a un propósito que nos escude contra la tristeza de la decadencia y de la muerte (González, 2012, p. 52).

En un país como el nuestro, hijo del trauma, nerviosamente lesionado, esta opción cobra plena validez. Es lícito pensarnos en franca retirada de todo oscurantismo decadentista, de

toda ética de guerra y muerte, hacia las/nuestras montañas y ríos, hacia las/nuestras trochas y varaderos. Construyendo nuestra *psicogeografía* basada en el goce de la naturaleza y en la experiencia sensible del viaje entendido como re-escritura del camino de la vida.

Autoafirmación como geo-poiética andina

Esta práctica de cartografía emocional se expresa y configura como geo-poética mediante la técnica del descentraje del mundo hacia el sí mismo que simultáneamente conduce al autoconocimiento y al autocontrol, al conocimiento del territorio y a la integración con la naturaleza, no en abstracto sino como naturaleza particularmente vivida, es decir, socialmente y culturalmente vivida. Se camina la montaña, el páramo, el nevado, pero también se consume el agua de panela con queso, se duerme al calor de una fogata, en un rancho campesino, se despierta con el canto del gallo de la madrugada y el ladrido de los perros criollos, se ordeña la vaca, se acompaña a los niños en el recorrido hacia la escuela, se corretea la gallina criolla para el sancocho, se baila al calor de un aguardiente o un vaso de chicha.

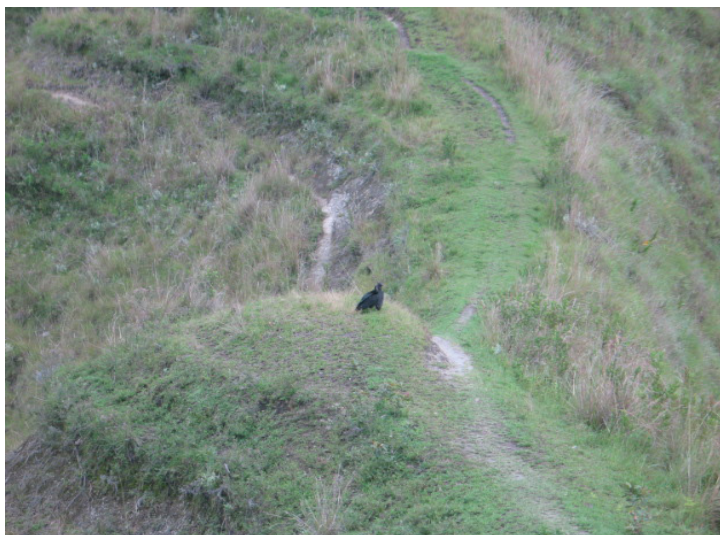
La práctica está caracterizada por un ser y un color local, un olor propio, un sonido concreto y una forma modesta de felicidad: la alegría. Porque el objetivo vital de la caminata, a la luz de la técnica de Fernando González, es la búsqueda y alimentación del espíritu para la alegría. Cuando el ímpetu del deseo es contenido, se detiene también la amenaza de la tristeza que sobreviene a todo desborde y exceso, por-



que la contención expresada en el adecuado manejo de los ritmos y en la consonancia con la naturaleza, que desarrolla el caminante, se transforma en alegría: “Ese es el imperativo categórico: alegrarnos y alegrar a quienes nos rodean (...) en eso consiste el ser buenos, en alegrarnos” (González, 2012, p. 52).

Hablo, aquí, de una geopoética no artística, liberada de los artificios, espontánea y natural, es decir, no gobernada por las reglas del arte sino por la exuberancia de la vida, instaurando otro régimen de creación, o quizá ¿recuperándolo? “¿Qué más propio del organismo humano que vivir al aire libre, respirarlo en toda su pureza, beber agua viva, comer los alimentos que nos ofrece la tierra sin intervención del arte?” (González, 2012, pp. 70-71).

El viaje a pie del *psi-conáuta* andino instaura una *geo-poiética* que se configura con base en el olor y el sabor a leña en la carne y en el tinto, lo que aparta esta experiencia andina de toda forma universal y abstracta de ensoñación bucólica. Arte en, con y desde la naturaleza en un segmento de tierra concreto y específico que rebasa todo estatuto representacional y



toda forma conceptual *tardomoderna* inscrita en los libros occidentales sobre estética y arte contemporáneo y que, por tanto, vive en la exterioridad de la historia de las formas coloniales de experiencia y expresión estéticas.

Tal práctica se resuelve también como *corpo-poesía* en, con y desde la morada terrígena que configura y construye un mapa personal y colectivo. Un mapa individual, en la medida en la que el recorrido está ejecutado al ritmo de emociones individuales y colectivas no solo en el sentido de un recorrido acompañado, sino en el sentido de interacción con un territorio culturalmente delimitado, de expresión individual de una forma de sentir colectivamente el territorio, cuyo efecto individual es fortalecer el carácter y cuyo efecto colectivo es afirmar la autoestima cultural de los pueblos andinos, desde los tiempos del camino del Inca hasta las leyendas de los caminantes paisas. “El gran efecto del excursionismo es formar caracteres atrevidos. Que el joven se acostumbre a obrar por la satisfacción del triunfo sobre el obstáculo, por el sentimiento de plenitud de vida y de dominio. El hombre primitivo no comprende sino los actos cuyo fin es cumplir sus necesidades fisiológicas” (González, 2012, p. 36).

Una *geo-poiética* pragmática que se revierte socialmente como forma de sabiduría. Como quiera que el caminante desarrolla una forma de episteme *bio-mimética* con base en la observación del mundo natural-social del territorio. Aprende de las plantas y de los animales, construye con base en la experiencia de las comunidades, armoniza con el clima y se convierte en un sabedor del ambiente. Todo lo cual será expresado en acuarelas y bambucos, en pasillos y trovas, en poemas, sombreros y carrieles, como acontecimientos espontáneos, vitales y cotidianos que forman parte integrada a toda la experiencia vital de caminar y no como un momento superior, separado de ella. Poiética del camino o sabiduría del camino porque: “El ignorante se aburre en los caminos; sólo percibe las sensaciones de cansancio y de distancia. Es como un fardo. Su alma está encerrada en la carne. Los ojos le sirven sólo para ver la comida, el obstáculo y la hembra; el oído, para oír ruidos, y el tacto, olfato y gusto, para los fines primordiales” (González, 2012, p.38).



El poeta del camino es un sabedor que ha expuesto porosamente su cuerpo a ríos y a montañas y que ha abierto las ventanas de su mente a un mundo de ensoñación, no para representar la naturaleza ni para intervenirla, sino para esparcir paso a paso por el mundo la alegría de estar siendo en la vida, la alegría de vivir.

Referencia única

González, F. (2012). *Viaje a pie*. Medellín: Corporación Otraparte y Fondo editorial Universidad EAFIT.